

tonismo ó catolicismo, el misterio se formula en términos idénticos: el Ser supremo se encarna para comunicar su substancia al fiel que la come. Tarí transmite al suelo su fecundidad por la intervención de meriah. La acción de la carne divinizada se detiene ante los límites de la propiedad bendita sin sobrepasar sus linderos. A los devotos de Cristo, les está vedada la facultad de comunicar por procuración. Y lo mismo para fecundizar sus barbechos que por un filete de carne sacrificada, el propietario khoud no puede tampoco hacerse representar por amigos ó vecinos. El primero en herir la Tarí hecha carne, el primero en abrir la vena fecundante, en cortar en los músculos que contienen la vida, se apropia el bocado más exquisito del pedazo supremo. No hay uno que no desee ser servido antes que los otros, pero todos no se exponen al peligroso privilegio. Conviene saber que el primero en esgrimir el cuchillo queda como magnetizado por el contacto divino. Si se le sacrificara inmediatamente, su cuerpo comunicaría también la fertilidad á los campos. En consecuencia, cada pueblo elige á un campeón listo y fuerte, envuelto en tela con varias vueltas, puesto así á prueba del hierro. Mientras que él se esfuerza para herir el primero en la meriah, sus amigos vigilan para que él mismo no reciba un mal golpe.

Una sangre dotada de tan preciosas cualidades, parece que los khouds debieran preferir ingurgitarla ellos mismos ó derramarla sobre sus campos. Los konús del Arracán criban á flechazos un toro atado á un poste; hombres, mujeres y niños chupan la sangre que derrama las heridas. Pero en la especie el sentimiento ha triunfado sobre la lógica, y los khouds se contentan gustosos con la sangre de ovejas y búfalos degollados en nombre de Tarí, para curar diversas enfermedades, tales como la demencia y posesión. Cuando ellos llaman á las ordalia ó juicios de Dios, ponen arroz en remojo

en esa sangre, y el perjurio que lo probara caería en el instante mismo muerto por la diosa.

Durante largo tiempo los civilizados de las inmediaciones no conocieron los ritos sangrientos sino por vagos rumores. En 1836, Russell, testigo presencial de esas atrocidades, informó oficialmente al Directorio de la Compañía de las Indias. ¿Pero cómo abolir la monstruosa costumbre?

Al principio, los habitantes de la llanura inmolaban, también ellos, meriahs á las divinidades agrícolas; pero la civilización remontaba el curso de los ríos, rechazó lentamente la práctica cruel. Los khouds del mediodía la habían abandonado desde mediados del siglo XVIII; sólo los altos países quedaron fieles á la antigua ortodoxia. Los dos bandos enarbolaban cada cual el estandarte de un cónyuge de pareja divina. Los abolicionistas estaban por Boure, el Sol, Creador supremo, que ellos decían ser un modelo de delicadeza con su esposa y hasta con todo el género femenino, que introdujo en el mundo el mal y el pecado. Los conservadores, al contrario, tomaron el partido de la Tierra, Madre universal. Unos decían que la efusión de sangre meriah, necesaria para la consolidación del cuerpo político, motivaba la agresión de tribus, hasta la existencia de naciones extranjeras y de toda la sociedad humana. La discusión subió de tono, la rivalidad se acentuó y los congéneres meridionales llegaron á tomar como abominación la costumbre de sus antecesores. Quien había asistido á una de esas matanzas, pasaba por estar contaminado por los efluvios de la sangre; hubiera puesto su vida en peligro si se hubiese hecho visible antes de los siete días preceptuados. Los solonianos, fanáticos de Boura, no hubieran dado un gol-

pe de azadón durante los cinco ó seis días que precedían al plenilunio de Diciembre, época en la cual los demetrianos enterraban la carne meriah. Hasta ponían centinelas en las fronteras para impedir que un enemigo no alterase su suelo dejando en él un fragmento de esa substancia nociva. El dios Sol no hubiera perdonado esa profanación al suelo que él había hecho suyo, y se hubiera vengado con terribles plagas. Estaban expuestos á una eventualidad peligrosa: los demonios y divinidades inferiores sentían predilección por ese alimento, hasta no querían otro:

«Nosotros tenemos en Cattingya una laguna muy abundante en caza por las eflorescencias salinas de las que los animales se muestran orgullosos. Pero una tribu rival, para perjudicarnos, arrojó en la laguna una carroña... Desde entonces no han cobrado piezas más que los cazadores de Gourdapour, mientras que nosotros, los de Cattingya, volvemos siempre con las manos vacías. ¿Por qué? Porque los demonios favorecen á los que le regalaron la carne humana.»

¿Debíase decir también allí «dejad hacer, dejad pasar»? ¿Era cuestión de esperar á que la civilización creciente que había suprimido los sacrificios en el mediodía, los suprimiera también en el Norte? Hubiera sido necesario esperar pacientemente durante siglos, por lo menos durante dos ó tres generaciones. El gobierno inglés, que intervino directamente en tantas cosas menos importantes, comprendió que debía obrar como soberano. Prohibir los sacrificios humanos por medio de una orden motivada, era muy fácil en teoría. Pero no tardaron en reconocer que para conseguir la supresión de sacrificios, la Compañía debía destruir la organización civil y política, destruir quizá una parte de la nación khouda; en todo caso, necesitaría hacer algunas ejecuciones sumarias y degollaciones de las que era difícil prever el fin. El remedio hubie-

ra sido peor que el mal. El Consejo de Indias tanteó durante algún tiempo. El primer acto sistemático, inspirado por Macpherson, fué reconocer oficialmente la existencia de esas tribus esparcidas, hacerlas comprender que la administración de Calcuta se instituía como su centro y las confederaba bajo su presidencia, y declaraba que en el porvenir ella intervendría en sus cuestiones importantes, querellas y diferencias. Por esta vez la autoridad superior mostróse benévola, prudente y resuelta; comprendió que no bastaba con un reglamento clavado en la punta de las bayonetas para suprimir una religión. Mandó tropas, á cuyo frente iban oficiales inteligentes y hombres de bien — pues se encuentran cuando se los busca de verdad. — En esa selección hay que mencionar en primer término á Macpherson, Campbell, Taylor, Russell Richetts, Mac-Vicar y Frye, quienes en los años 1848-1852 operaron en los distritos de peor fama.

Llevando con tacto su misión verdaderamente civilizadora, la expedición evitó fracasos y brutalidades. Buscando las víctimas señaladas para próximos sacrificios, libertaron algunos cientos de ellas. Bastante numerosos para aplastar todas las resistencias que hubiéranse opuesto, la tropa procuraba evitar las colisiones; lo cual no impidió que algunas veces tuvieran que enseñar los dientes y abrirse camino á viva fuerza. Lo más frecuente era que el oficial hiciera comparecer á los caciques, les explicaba lo que exigía y por qué lo exigía; no los dejaba hasta que le juraban:

«Que la tierra me niegue sus frutos, que me ahogue el arroz, que el agua se me trague, que el tigre me devore, que devore á mis hijos si violo el compromiso que adquiero por mí y por mi pueblo de renunciar al sacrificio de seres humanos.»

Desde el momento que había jurado, podían darse por satisfechos los representantes de la civilización,

pues los khouds no tienen más que una palabra. Como medida de precaución, se inscribía la edad, nombre y número de todos los niños, y sobre todo de la progenitura poussiah, siervos y esclavos, que hubieran podido substituir á las meriahs en título. Se les anunciaba que al siguiente año volverían á hacerles una visita y tomar escrupulosos informes. Para tener las conciencias tranquilas, Campbell aceptó con gusto que el gobierno y todos sus funcionarios fuesen, ante el cielo y la tierra, declarados responsables de la cesación de los sacrificios; él se prestó á un sacramento solemne por el cual caía sobre su cabeza la ira de todos los dioses y diosas. Y luego, para presentarse como más poderoso que el Olimpo khoud, puso un día la mano sobre sus ídolos, reputados como temibles entre los temibles, los destruyó como malhechores aplastándolos bajo el peso de los elefantes que llevaban los bagajes. El último acto, no el más fácil, fué convencer á las víctimas. Por cada una que, pálida y temblorosa, se refugiaba en su campamento, arrastrando la cadena ó llevando la marca de hierro en los puños ó en los tobillos, precaución significativa del suplicio que se preparaba, más de dos huían de los libertadores y se refugiaban detrás de los salvajes ejecutores. Las habían hecho creer que los extranjeros las someterían á un suplicio más horroroso que la inmolación á Tarí; que serían martirizadas para que su sangre arrastrara toda el agua á los estanques secos de la llanura; que serían devoradas por tigres sagrados protectores de la reina de las Indias. Las infelices meriahs quedábanse sin saber lo que les pasaba cuando se las dejaba en libertad para quedarse ó marcharse donde quisieran. Algunas fueron colocadas en casa de jóvenes jefes y ambiciosos personajes bajo el compromiso tácito de que el gobierno favorecería á sus maridos. Las que se colocaron en los colegios de misioneros fueron casadas con con-

vertidos; pero se observó que no se convirtieron sino á medias; los profesores les reprochaban el capricho de la insubordinación, la pereza y la golosina. Se vieron algunas que huyeron, volvieron á su aldea y declararon que vivir con los extranjeros les era imposible, y que preferían ser degolladas por los suyos. Las ambiciosas lamentaban que se las hubiera privado de la magnífica ocasión de convertirse en diosas. Muchas meriahs eran ya mujeres y madres. La idea de abandonar sus familias las desesperaba; pero se les hizo saber que la unión con sus amantes sería considerada como matrimonio legal. En cuanto se publicó el edicto del gobierno, se vieron presentarse á muchas que se habían ocultado. La perspectiva de ser inmolada tarde ó temprano las asustaba menos que la idea de tener que abandonar inmediatamente sus familias y afectos. ¡Pobres criaturas que se resignaban á una muerte cruel para gozar de un poco de amor y de maternidad! Habían aceptado el sacrificio, también ellas, convencidas de que su sangre producía efectos saludables á la comunidad.

En cuanto á los sacerdotes, humillados, pero no convencidos, hubieran querido oponer una feroz resistencia; ¿pero cómo oponerse á la poderosa argumentación de los cañones y los fusiles? Eso se veía bien claro: Loha Sol, Boura, Señor de los ejércitos, no tenían bastante talla para luchar contra un coronel inglés. No hubo más remedio que ceder.

Ceder... más bien transigir. Pues la religión, ni entre los salvajes, se declara jamás vencida. La Iglesia presentase en disposiciones las más pacíficas, en temperamentos los más conciliadores, cuando comparece ante gentes dispuestas á pasarse sin ella; es entonces ad-

mirable en los compromisos, ingeniosa para encontrar acomodamientos con el cielo. Con relación á los violentos, tiene tesoros de indulgencia, los deja «perder el cielo», pero con relación á los que ella sospecha débiles, su arrogancia no conoce límites; con los vencidos jamás conoció la piedad.

—

Cuando se vieron amenazados por los artilleros y los fusileros, los teólogos khouds hicieron el descubrimiento oportuno de que Tarí había recomendado, no mandado, que podían suprimirse las víctimas humanas; que monos, perros y cerdos salvajes le serían igual. Se enteraron á tiempo de que la carne meriah es superior á la otra, relativamente, no absolutamente; que la cabeza de un hombre vale más que diez bovinas, pero no más que cien. Era, pues, posible un arreglo.

Por muchos siglos la inmolación de una persona constituyó el acto supremo de las religiones, el medio de comprar el favor de los poderes celestes ó infernales, según puede comprenderse. Pero la fe se debilitó á medida que aumentaron los conocimientos. Entonces surgió la piedad. El agricultor descubrió que para tener la lluvia en tiempo oportuno, importaba lo mismo un niño que un cordero sacrificados ante el altar del dios de las Nubes; y desde entonces prefirió sacrificar el pequeño de una oveja al suyo propio. Pero sin embargo, estaba aún lejos de sospechar que con sangre ó sin ella, no llovía ni más ni menos. Los representantes de la divinidad debieron tomar su partido ante el descubrimiento intempestivo y aceptar las modificaciones que imponía. No pudiendo hacer otra cosa, se resignaron ¡ay!... Desde que un sacerdote aceptó un ternero, desde que cedió al carnero el puesto del hombre, la ficción substituyó á la realidad, la ortodoxia

siguió la corriente. Substituciones cada día más atrevidas señalaron la caída, indicaron la degeneración del dogma. Al dejarse arrastrar, los dioses se vieron defraudados y menospreciados; se les arañó hasta no dejar de ellos más que una miseria. A los dioses indos, en los tiempos en que eran parientes de Tarí y de Loha, se les sacrificaban también meriahs, muchas meriahs, pero con el tiempo se substituyó el ser humano por el caballo, el caballo por el toro, el toro por el carnero, éste por el cabrito, el cabrito por el pollo y los pollos por flores, por muchas flores. «Demasiadas flores,» gritaba Calchas. En otro tiempo, al Pouroucha Medha se le servía un espléndido banquete: ciento ochenta y cinco personas (1); ni uno menos; hombres y mujeres, niños y niñas, todo era bueno á condición de ser jóvenes. Pero las reformas llegaron; se ataban, como antes, las víctimas al potro; luego, en medio de letanías en honor de Narayana inmolado, el sacrificador esgrimía un cuchillo, cortaba los lazos de los cautivos, y después servían á la divinidad un tente en pie de manteca y grasa fundida. ¡Pobre regalo á tanta majestad! Del mismo modo, los persas llegaron á presentar al dios del Fuego, no el toro estipulado, sino un pelo enseñado de lejos. Los eslavos substituyeron las degollaciones de hombres por la ofrenda de juguetes, de algunas esencias quemadas. Los chinos, siempre ingeniosos, incineraban monigotes de papel. Parecidamente, los romanos, comprometidos á servir todos los años treinta hombres á Tiebra, le servían treinta maniqués de mimbre. Habían prometido ciervos que reemplazaron por ovejas, pero especificando netamente que se las llamarían *ciervos*. En otras partes, en vez de descargar lanzadas sobre cabezas humanas, se descargaban sobre nueces de coco, sobre ajos ó adormide-

(1) Iadjour-Vida.

ras. En las fiestas de nuestras aldeas, los chiquillos y jóvenes rústicos — última irrisión, — se regalan con pastelería figurada de la que ignoran perfectamente el origen. Inocente recuerdo de un ritual terrible.

Los djannis no podían decir que su Tarí no tuviera ya la costumbre de las transiciones. Ya había permitido, en la Fiesta de la Sementera, substituir un toro por un hombre. Los demetriacos de Kalahandí hacían elección de un novillo que se convertía en propiedad comunal. Al destetarse quedaba libre como el caballo destinado por los brahmanes al servicio de la *Açva-medha*, encontraba siempre abierta la puerta de su establo, vagaba por los campos, recorría los jardines, se paseaba por los trigos, hociaba las legumbres, devastaba las plantaciones. Los campesinos no se acercaban á él más que para hacerle cosquillas, acariciarlo y darle golosinas; todo era para contentarlo. Ya llegado á toro, era conducido al santuario de la diosa.

En bancos bajos junto al altar, están depositadas las muestras de sementera que se trataba de hacer fecundas. Mientras que el animal las lamía pasando la lengua por aquí y allá, un golpe certero lo derribaba; lo degollaban y en su boca ponían una de las piernas delanteras; modo de demostrar que la piadosa bestia se había prestado voluntaria al sacrificio. El cuerpo era bien pronto despedazado por los campesinos, que, con un trozo en la mano, corrían para ir á enterrarlo en su huerto. La sangre y las entrañas se ponían aparte, sobre cuyos residuos se rompían dos botijas y se derramaban vituallas á granel.

Al día siguiente los labradores se presentaban ante las semillas amontonadas, en las que cada cual clavaba la reja de su arado para que adquiriera virtudes prolíficas. Entonces se anunciaba la llegada de un sacerdote llamado Pot-Radj por medio de chasquidos de látigo; Pot-Radj llevaba el mismo nombre que la fau-

na que decía representar. Llevaba consigo un cabrito, la «víctima del arado», *hari meriah*, lo degollaba en un instante, mezclaba su carne con la del toro muerto la víspera y lo ponía dentro de un cesto. De en medio de los labradores, salía entonces un hombre que saltaba sobre el cesto, lo cogía y huía.

La multitud corría detrás á grandes zancadas y gritando desaforadamente alrededor del pueblo, mientras que el corredor arrojaba á derecha é izquierda pedazos que antes desgarraba con sus dientes; era que llamaba á la pandilla de diablos, á los cuales, por su parte, daban los labradores abundantes reses y pollos. Con el sable desenvainado, los paiks vigilaban para que ningún extranjero cogiera una sola piltrafa, pues ello hubiera bastado para escamotear los méritos de tan costoso sacrificio. No es eso todo. Al regresar de la expedición, la multitud se apoderaba del primer toro que encontraba, lo sacrificaba y todos los que tenían derecho tomaban su parte.

Durante los dos primeros días, las ofrendas habían sido presentadas en nombre de la comunidad, pero al tercero y cuarto, los particulares quedaban en libertad de ofrecer por su parte toda clase de presentes hechos con su propio y privado nombre, solicitando los favores de Tarí ó cualquiera otra divinidad campestre. No escatimaban el sacrificio. Se vió con frecuencia que una aldea cualquiera degollaba cuatro ó cinco docenas de bueyes, ovejas á centenares, apilando las cabezas en dos montones. Y entonces las mujeres que habían hecho votos, se despojaban de su escaso vestido, y rodeadas de amigas corrían por las calles y los caminos, saltando y bailando, agitando ramas y esgrimiendo grandes hojas. Unas querían que se las fecundase al mismo tiempo que la tierra, otras dar gracias á la divinidad por haber sido madres.

Observemos de paso, y sin ahondar más en la ma-

teria, que los ritos agrícolas marcan cierta predilección por la desnudez de los celebrantes. En las inmediaciones de Madras, una fiesta anual reúne millares de peregrinos que degüellan rebaños enteros, y cuando el aire se ha rarificado por los vapores de sangre, se desnudan, corren en procesión agitando ramas verdes y luego van á bañarse. Del mismo modo los Dodolse esclavos son paseados por los campos, vestidos solamente con hojas y flores. Una leyenda de Tchamba, cerca de Asuretsir, cuenta que el agua se negaba obstinadamente á correr por un canal que acababan de abrir. Los discretos decidieron que para poner en movimiento la arteria de riego, era indispensable que la bella y virtuosa princesa de la casa reinante consintiera que le cortaran la cabeza. La generosa joven aceptó con gusto. Pero ese no era sino su más pequeño mérito. Antes tuvo que correr desnuda por el cauce del canal y ante la muchedumbre reunida. Veinticinco siglos más tarde, el señor Coventry no pidió tanto á la ilustre lady Godeva. Pero volvamos á nuestros khouds.

Al quinto y último día, gran procesión. Los fieles, con música al frente, se dirigen al templo de Pot-Radj para asistir á un acto de alta liturgia, un verdadero misterio.

Bajo el altar está oculto un cordero que el sacerdote parece disimular. No tarda en descubrirlo y hace resallar su látigo — sin duda en imitación del trueno, — le toca con la vara la cabeza y lo insensibiliza por algunos pases magnéticos. En cuanto sus miembros están rígidos, pónese los cuatro pies sobre una mano, salta y da vueltas alrededor del altar. Después de algunos minutos de esa maniobra, deja su víctima sobre una piedra. En ese instante los asistentes se arrojan sobre el sacerdote, lo derriban, le atan las manos á las espaldas y lo empujan hacia un corro que forman

entre todos. Gritan y vociferan, mientras que los músicos, tambor en mano, descargan golpes con toda su alma. Excitado, tanto ó más que los otros, el djanni agita los ojos, eriza los pelos. Su dios le invade; Pot-Radj, encarnado ya en su persona, salta sobre el cordero estupefacto, lo coge con los dientes, lo sacude, lo ataca por el cuello y lo mata á mordiscos. Se detiene, descansa, pero es para meter luego la cabeza entre las entrañas, removerlo todo y sacarla chorreando sangre. Satisfechos ya, los asistentes cogen el cadáver y lo entierran al pie del altar. Se acuerdan entonces que ante Tarí están amontonadas las semillas, las carnes y huesos, las cabezas de numerosas víctimas. Y todos, cualquiera que sea la casta á que pertenezcan, se arrojan sobre el montón y se disputan los fragmentos, cada cual para su campo. El energúmeno se ha ocultado en la ciénaga y no reaparece hasta pasados tres días. Esto no es más que la antepenúltima escena.

Para cerrar la fiesta, los campesinos llevan en triunfo, alrededor de sus cultivos, la imagen de la diosa y la cabeza del toro que fué inmolado primero. Orden y decencia, no vienen al caso. Cuanto más locos, más se alegra la tierra y más gana en vigor. Se cruza un juego de palabras picantes, de expresiones nada discretas, de gestos obscenos, burlas y ofensas. En las Lenéas de Dionisos, los viticultores eran los más escandalosos; aquí los pastores son los zambristas. Quieren decir su palabra sobre los asuntos del momento. Con verbo endiablado, ofenden á todo el mundo y á sus propios padres, toman como blanco de sus locuras á los notables, á las autoridades, y ni siquiera sale bien librada la diosa. De su parte, las asadis, bailarinas y prostitutas unidas al culto, asedian á los ciudadanos más graves y respetables, abrazan á brahmanes, saltan encaramadas sobre las espaldas de los señores presen-

tes. Después de las emociones de la meriah inmolada, después del espectáculo de las degollaciones, después de los llantos y los gritos, después de tanta sangre derramada, hay que reír grandemente, entregarse á jovialidades, prorrumpir en carcajadas estrepitosas y sonoras. El alma soliviantada no vuelve á su equilibrio sino pasando por una agitación contraria. Así es como la loca multitud llega á la capilla sagrada del dios Término, donde entierran la cabeza del toro. Al día siguiente de las saturnales, nadie piensa en ello y cada cual se entrega á sus ocupaciones habituales.

Así, pues, las meriahs podían, ayer aun, ser vistas en el potro del sacrificio, restos vivos de una religión prehistórica. Las evoluciones por las que ha pasado la humanidad en el tiempo, se repiten en el espacio. En los repliegues y rincones del laberinto que forman las montañas y los valles del Khoudistán, con la multiplicidad de climas y de exposiciones, bajo la acción de vientos secos ó húmedos, la flora intelectual de los períodos anteriores se encuentra esparcida, pero bastante completa. Los siglos se sobreviven, se compenetran los unos con los otros. La pequeña gota de rocío, la más pequeña, refleja todo un paisaje. Nuestro individuo, de corta duración sin embargo, puede asistir á la larga procesión de las edades, hacerse contemporáneo de los tiempos pasados y de los períodos futuros: no hay más que saber ver y mirar á su alrededor, no hay más que saber comprender.

Esos khouds, esos todas y badagas, esos apaches, esos esquimales, se les desdeña como pueblos, por no

ser más que pueblos niños; se les desprecia, como no teniendo más que rudimentos de inteligencia y de moralidad. Pero precisamente por su inteligencia infantil y su moralidad rudimentaria debieran excitar interés. Los grandes hombres, los juiciosos y avanzados, no representan más que su personalidad; los individuos superiores no sabrían enseñarnos tanto como los humildes y los débiles que nos muestra la humanidad en sus comienzos. Los naturalistas estiman los infinitamente pequeños lo menos al igual de los infinitamente grandes; los infusorios, las mucosidades, los fermentos, las descomposiciones, atraen sus pensamientos tanto como los sistemas solares, tanto como las trayectorias de cometas y los torbellinos constelados. Tampoco para el moralista existen seres demasiado viles, pues el más miserable de los hombres es aún nuestro hermano, huesos de nuestros huesos y carne de nuestra carne. No hay grandeza, no existe bajeza de la que nosotros no seamos solidarios.

¿No se nos ha contado que Newton vió caer una manzana y se preguntó: ¿Por qué? «Meditando», vió bambolearse la multitud confusa de las estrellas; dirigirse hacia la Vía Láctea, confundirse, componerse y recomponerse. Dos palabras llamaron sobre las oscuras profundidades del espacio inmenso: Gravitación universal.

FIN DE LA OBRA